

A confesión de parte

E N T R E V I S T A



MONSEÑOR RICARDO EZZATI

Por Catalina Sadá M.
Periodista, Departamentode Estudios, Defensoría Nacional.
Paula Vial R., Defensora Nacional

MONSEÑOR RICARDO EZZATI ANDRELLO, EL ARZOBISPO DE SANTIAGO DESDE DICIEMBRE PASADO, NACIÓ EN ITALIA PERO ES CHILENO POR GRACIA DESDE 2006. LLEVA MÁS DE 50 AÑOS EN EL PAÍS Y COMO SALESIANO DESDE EL PRINCIPIO, OBSERVA LA REALIDAD DESDE LA ÓPTICA QUE LA IGLESIA CATÓLICA IMPRIME A SU MISIÓN. EN ESTA ENTREVISTA ANALIZA LA CRISIS CARCELARIA SIN JUICIOS ABSOLUTOS Y CON PONDERACIÓN, PERO SÍ CON FIRMEZA PARA REIVINDICAR CIERTOS VALORES FUNDAMENTALES: “MUCHAS VECES LA BÚSQUEDA DE LA MÁXIMA JUSTICIA SE VUELVE LA MÁXIMA INJUSTICIA”, DICE.

Chile es el país que más presos tiene en América Latina, con alrededor de 318 por cada 100 mil habitantes. ¿Cómo podrían explicarse estas cifras, según lo que usted conoce, y qué reflexión hace la Iglesia sobre ello?

Creo que sería interesante hacer una reflexión humana sobre esto desde la perspectiva de la razón. Cuando era estudiante y estudiaba latín, nos daban a traducir algunos temas y entre ellos había algunos de carácter jurídico. Siempre recuerdo una de las expresiones que leí y traduje en la época de estudiante que decía así: *Corruptissima Republica Plurimae Leges*, que quiere decir que mientras más corrompido está un país, una república, más leyes hay. Creo que lo que nos está pasando en las sociedades contemporáneas es que para lograr que todas las cosas estén reglamentadas acuñamos leyes sobre leyes, cuando no es esa la solución. La solución primera y fundamental es la educación de las personas, de tal manera que puedan alcanzar una capacidad de actuar con libertad al mismo tiempo que con responsabilidad. La educación permite que las personas seamos libres y responsables. Cuando esos dos elementos no se logran alcanzar, necesitamos muchas leyes porque nos vamos corrompiendo; entonces naturalmente las leyes suponen sanciones y las sanciones lo que permiten es que en lugar de ayudar a la persona a crecer en el dinamismo más fundamental, que es un dinamismo de verdad, de justicia, de poder actuar con libertad pero responsablemente, los llevan a actuar porque está la ley. No pasamos con semáforo rojo no tanto porque le puedo hacer daño a la otra persona sino porque está penalizado.

Creo, entonces, que la tarea fundamental que tenemos frente a todo esto es enfocarnos de verdad en lo que va a permitir que la sociedad pueda caminar cada vez más y cada vez mejor. Será imposible eliminar el delito pero sí disminuirlo en forma significativa gracias a una acción que toca realmente lo que es el corazón de las

personas, que es una buena educación.

Chile no es un país inseguro, ¿no será que esa cifra también puede interpretarse como que hay muchas de esas personas que no deberían estar en la cárcel?

Por supuesto, estoy convencido de ello e insisto sobre la prevención que es lo fundamental y no es un tema futuro, sino un tema presente. Como decía, muchas veces hemos confiado más en una ley represiva que en fortalecer los dinamismos valóricos, los dinamismos morales, éticos, de las personas y eso lleva a que naturalmente haya que aplicar esas leyes y como consecuencia, también la represión.

El alto porcentaje que ustedes me indican nos dice que el acento lo tenemos que poner no tanto en multiplicar pequeñas o grandes leyes con sanciones, sino que tenemos que preocuparnos de un proceso de crecimiento humano que de verdad ayude a las personas y al país a ser más civilizado, más culto en este ámbito y más respetuoso de los derechos fundamentales de los demás.

Considerando los actuales niveles de hacinamiento, ¿cree usted que el indulto contribuiría a humanizar las cárceles?

La experiencia que la iglesia tiene en relación a las cárceles del país es trágica. Es trágica por el hacinamiento, por el número de personas, por las condiciones en que la gente vive. Hace unos días recibí a Lonkos y a Machis que venían desde Osorno para contarme cuál era la situación de los presos mapuches que están en huelga de hambre. Yo conozco esas celdas en las que están y son un anticipo de lo que será la morada definitiva en el cementerio, porque son cubículos muy estrechos, el suelo está inundado de agua porque las cañerías no funcionan, el mal olor que hay en ese lugar es inhumano, etc. Esta situación que ha llevado a una sobrepoblación en la cárcel, nos tiene que hacer pensar si el instrumento que estamos

utilizando es el adecuado para que las personas que han delinquido puedan cumplir el castigo, perdiendo su libertad, pero no perdiendo su dignidad como personas ni la gran vocación que tienen de poder redimirse y poder tener un futuro diferente en la sociedad. La situación actual de sobrepoblación en la cárcel, los ambientes físicos en los que están detenidas las personas, la incapacidad de hacer del período de la privación de libertad un camino pedagógico para poder cambiar la propia situación, hace realmente que lo de las cárceles sea muy cuestionable y muy inhumano.

¿Cree usted que sería necesario respecto de los presos mapuches tener consideraciones distintas tomando en cuenta su cultura?

Sin duda alguna, lo hemos conversado con el Poder Ejecutivo después del acuerdo al que hemos llegado en Concepción y ciertamente eso está muy presente y algo ya se está haciendo en esa dirección, por ejemplo se ha dado espacio a la medicina alternativa. Recuerdo que estando en la cárcel y estando en el hospital, los mismos presos mapuches tuvieron la posibilidad de que una Machi los pudiera visitar y les pudiera ofrecer el auxilio que venía de esta medicina alternativa. Creo que también en la cárcel debieran darse esas condiciones que son de respeto a los derechos fundamentales de las personas que suelen expresarse también de acuerdo a la propia cultura, a las propias costumbres, a la propia religión, yo creo que esto sería un paso interesante. Quiero decir con satisfacción que por lo menos el Poder Ejecutivo ha tenido presente y ha dispuesto acciones concretas para que eso se pueda dar.

Y en términos de resultados, el hecho de que ellos pertenezcan al pueblo mapuche, ¿cree usted que seguir el camino de la ley antiterrorista deja de incorporar esa dimensión de interculturalidad?

Habría que analizar el tema de la ley antiterrorista, sé que está sujeta a una revisión y que ya el Poder Legislativo algo intentó modificar justamente a partir de la huelga de los comuneros mapuches. Yo creo que hay una tarea que realizar allí y creo que de eso tienen conciencia también el Poder Ejecutivo y el Legislativo. Ojalá que sobre ese campo se logre reflexionar más a fondo porque la sociedad sin duda alguna tiene derecho a defenderse de actos terroristas pero dentro de un marco que sea legal y sujeto a la razón y por consiguiente a un discernimiento que también puede cambiar con respecto a lo que es la evolución de la

misma sociedad. Yo creo que eso es muy importante porque también estamos viendo cómo la ley antiterrorista está afectando a otro grupo de personas que no son los comuneros mapuches. Lo que es cierto es que ellos se sienten juzgados por la ley antiterrorista y la huelga de hambre que están sosteniendo en este momento es porque juzgan que a pesar de que el Poder Ejecutivo retiró la acusación hacia ellos bajo el prisma de la ley antiterrorista ellos habrían sido juzgados desde la ley antiterrorista. Los testigos encubiertos y todas esas cosas que ustedes conocen muy bien.

Yo creo que el hecho de encontrarnos y descubrirnos cada vez más profundamente con esta interculturalidad no tiene que ser visto como una amenaza, sino como una oportunidad para que la riqueza de todos contribuya a la riqueza de la comunidad. La diversidad no es un mal, es un regalo. Naturalmente la diversidad tiene que ser orientada al servicio de la comunidad, a la comunión y esto es una tarea de carácter educativo y una tarea de convencimiento de parte de todos quienes tienen un aporte original que ofrecer y que están llamados a darlo y de los demás que estamos llamados a recoger esa diversidad como un don. Estoy convencido que muchas veces la búsqueda de la máxima justicia, se vuelve la máxima injusticia.

Cuando me despedí de Arzobispo de Concepción en Cañete, tuve una experiencia sumamente hermosa porque entre las personas que me despidieron había un joven mapuche, muy responsable en varios ámbitos en las comunidades y que trabaja también en la Universidad Católica de Concepción en un proyecto que tenemos en Cañete sobre transferencia de tipo tecnológica en las comunidades. Él en el saludo que me dio estaba parado entre medio de la bandera chilena y de la bandera de la Universidad, ahí estaba el micrófono. En ese momento dijo: *nosotros los mapuches, la mayoría por lo menos, nos sentimos identificados con esta bandera, pero la bandera no tiene un solo color, tiene colores diferentes y nosotros queremos ser reconocidos en esta bandera con nuestro propio color cultural*. Lo encontré fantástico porque no era alguien que quería una ruptura con el país pero sí que quería ser identificado por su color, es decir, por su propia identidad cultural.

¿A su juicio, qué rol le compete a la iglesia en el cambio de mirada hacia una sociedad más tolerante? ¿Es el rol de mediador que ha adoptado la iglesia el que usted ha impulsado?

Yo creo que el rol de la iglesia no es solamente un rol de tipo religioso, restringido a lo que de repente la gente piensa que es religioso. La iglesia tiene un mensaje que es para las personas y para la sociedad. El Evangelio no tiene confines, abarca a todas las personas y por consiguiente no es correcto cuando algunos dicen *que los obispos de la Iglesia se queden en la Sacristía o por qué se meten en esto...* Es cierto, los obispos, la Iglesia no es experta en economía, no es experta en leyes, no es experta en soluciones de orden social, pero sí tiene un aporte que dar en todo esto. Es diferente, por ejemplo, una mirada de la economía desde la solidaridad que desde el egoísmo; no es lo mismo una mirada sobre la sociedad donde haya espacio para todos en vista de la comunión que la reivindicación simplemente de grupos. La iglesia reivindica para sí esa tarea y esa es parte de su misión. Yo lo he hecho personalmente, todas las veces que he intervenido en conflictos sociales, siempre lo he hecho como pastor de la Iglesia, nunca como experto en una u otra materia, pero sí como pastor. Es por esto también que yo he acuñado esa expresión de facilitador y no de mediador, porque la tarea que la Iglesia tiene es la de reconocer los dones, los talentos que todas las personas tienen.

Yo recuerdo la primera entrevista que tuve con las comunidades mapuches, cuando me invitaron a intervenir en el tema de la huelga de hambre, me pidieron que yo mediara por ellos y yo les dije *si yo mediara por ustedes significaría que ustedes no valen nada, y los que valen son ustedes*. La tarea de la Iglesia es ser puente, el Obispo es Pontifex, Pontífice, el que hace el puente, el que construye puentes y el que permite que la gente los pisotee de repente también porque tienen que pasar de una orilla a la otra. Y a veces uno se siente así.

Yo le decía hace unos días a Natividad Llanquileo que el día Domingo de Pascua cuando ellos interrumpieron la celebración más solemne del día más importante de la Iglesia Católica, por supuesto que me sentí pisoteado. Pero señalé a la gente al final de la misa y después se lo dije a la prensa, que veía ese hecho no como un atropello a lo que estábamos viviendo, la liturgia más solemne. Alguien publicó una carta en un diario de este país diciendo que el Obispo le había bajado el perfil al hecho grave de una profanación de la liturgia, eso es lo que queda, pero le dije a la gente que yo leía eso como un clamor, que venía de gente que estaba viviendo una situación tremendamente complicada. Por supuesto que me sentí pisoteado, pero esa es la tarea que tiene también un puente. Un puente no se construye para que nadie

pase por encima de él, sino que justamente para que transiten sobre él y a veces cuando pasa un camión el puente hasta tiembla, pero esa es la tarea que tiene la Iglesia.

Eso también puede pasar con los presos, a pesar de haber equivocado el rumbo necesitan de este puente facilitador...

Por vocación soy educador y aprendí una cosa que es formidable para poder educar, y es que cada persona, aún la que más ha delinquido, tiene siempre un resorte de bien, un resorte de cambio en su corazón. Lo importante es que las personas y la sociedad sepan individualizar cuál es ese resorte y sepa tocarlo bien, porque de ahí vienen cosas muy diferentes. Si usted me pregunta cuál fue una de las satisfacciones más grande que yo tuve como Arzobispo de Concepción, fue el haber entregado junto con la Universidad Católica de la Santísima Concepción un título académico a alrededor de veinte presos que desde la cárcel lograron su titulación universitaria. ¿Qué pasó ahí? La Universidad tuvo la capacidad de buscar esa tecla, de tocar ese impulso y la respuesta fue que veinte personas obtuvieron su título con un sacrificio enorme. La alegría más grande fue que el título no se los dimos en la cárcel, sino que se los dimos en el Aula Magna de la Universidad y uno de ellos, condenado a cadena perpetua, cuando yo le entregué el título me dijo *Monseñor yo hice esto no porque tenga perspectiva de ejercer mi título, lo hice porque esto me ha dignificado a mí y ha dignificado a mi familia.*

Espectacular!